
CAPITULO XIV

La resignacion.

I

La impaciencia es un defecto de carácter que puede tener una influencia fatal y directa en la felicidad de la mujer, y que es preciso, por lo tanto, que la educacion modifique y extinga si es posible: es un defecto muy comun. Tanto, que las mujeres más virtuosas y ejemplares no se aperiben de que lo sea, y se dejan llevar de él casi sin conocerlo; es uno de los defectos que más daño causan en la vida doméstica, por la misma razon de que, pasando desapercibido, á veces basta por sí solo á destruir un edificio, al parecer muy sólido, de felicidad y bienestar.

A la primera persona que toca reprimir y moderar el carácter impaciente de una niña, es á su madre, puesto que aquel se desarrolla desde la

edad más tierna. Apenas la niña conoce á su madre, ya se impacienta si no la toma en sus brazos en el momento que la ve. Luégo, si tiene mala educacion, si la miman, su vida no es otra cosa que una impaciencia continua.

Se impacienta si no le compran, cuando sale de casa, cuantos juguetes y dulces encuentra al paso. Más tarde se impacienta si no le permiten que lleve á paseo su muñeca, ó si no le pone el traje que prefiere. Así que llega á la calle vuelve á impacientarse si andan despacio. Si van á visitas, no deja sosiego á su madre con sus enojosas impaciencias. La incomoda el gato que la mira, el perro que le lame la mano, la mucha ó poca luz del aposento, y sobre todo, la quietud que se ve obligada á guardar.

Se me dirá que hay caracteres malos y propensos á la impaciencia, pero que hay otros dulces y sumisos; no obstante, el más excelente de estos últimos se pervierte con la condescendencia continua é imprudente de sus padres, así como el que haya nacido más voluntarioso y desapacible, se cambia con el freno de la educacion, en bueno y amable.

Oriaturas hay á quienes se temo como á un enemigo formidable por sus repetidos caprichos é impaciencias. No há muchos días que, hallándome yo de visita en casa de una amiga, entró una señora con una hermosa niña, que contaria de cinco á seis años; sobre un velador colocado en

el centro de la estancia habia multitud de juguetes de la China, pequeñas estatuas de pórfido de un mérito admirable, y vasos de dibujo antiguo de un gusto exquisito; la criatura se fué derecho á él, y se puso á jugar alineando los preciosos objetos, y llevando parte de ellos á los sillones, donde los distribuyó á su antojo.

Todos veíamos cambiar cien veces de color el semblante de su madre, mientras le rogaba suavemente que dejase aquellos objetos en su lugar; pero la niña indómita de sí, y acostumbrada á cumplir siempre su voluntad, no hizo el menor caso de las advertencias maternas, y continuó su diversion con la mayor tranquilidad. De súbito, yo, que no perdía de vista el hermoso rostro de la jóven madre, lo vi cubrirse de mortal palidez: ella por su parte no separaba los ojos de su hija, y habia visto caer dos vasos y una pequeña estatua, que representaba á Hebe, ántes de que el estruendo nos avisara á los demás de que se habian hecho pedazos.

En efecto, el pavimento de mármol—pues por ser estío estaba sin alfombra—el pavimento despiadado recibió el golpe é hizo añicos la estatua de Hebe, y dos vasos incomparables; es decir, destruyó el valor de 1,000 duros. Entónces la pobre madre arrebatada por la ira y por el pesar, se levantó y dió dos ó tres golpes á la niña, ocasionando otro mal, pues ésta empezó á llorar de un modo capaz de ensordecir á todos los presen-

tes. Únicamente calló cuando su madre depuso su enojo, y la tomó en sus brazos llenándola de caricias, ofreciéndole dulces y diciéndole que lo que habia hecho *no valia nada*.

Si aquella madre, demasiado débil, hubiera oido el concierto de vituperios que se levantó contra ella apenas hubo salido de la sala, es seguro que hubiera deplorado amargamente la educacion que daba á su hija, y que hubiera procurado mejorarla.

II

El castigo en público, léjos de corregir á los niños, los exaspera y les hace perder el sentimiento de su propia dignidad, sentimiento el más precioso de todos, y el que con más cuidado debe conservarse en la infancia.

La correccion de los defectos de los hijos es una de las tareas más sagradas que pesan sobre los padres, y que éstos deben cumplir en el retiro de su hogar sin dar jamás intervencion en ella á personas extrañas. Los más pequeños accidentes de la vida sirven á una madre para corregir la impaciencia y los caprichos de su hija. ¿Para qué ha hecho Dios, si no, ese lazo, tan hermoso como fuerte, del cariño filial y materno? ¿Para qué si no para que la madre forme á su hija de modo que un dia pueda bendecirla?

La madre que no corrige la impaciencia de su hija desde la más tierna edad de ésta, se impone un martirio que cada día ha de ir creciendo forzosamente; un martirio que, cuando la niña llegue á ser mujer, se convertirá en un suplicio intolerable, pues su misma hija la despreciará, en justo castigo de sus imprudentes condescendencias. Por buena, por dulce que sea una niña, debe acostumbrársela á que vea alguna vez quebrantada su voluntad; este medio de dulcificar la índole es más eficaz que el castigo; porque el castigo exaspera casi siempre, y la índole exasperada se vuelve amarga. Es necesario hacer comprender á las niñas que sólo para el bien deben tener voluntad y sabiendo que carecen de ella para todo lo demás, y que el más precioso de sus deberes es la obediencia, no se impacientarán por nada, pues están persuadidas de que aquello que les ordenan es lo mejor.

Casi siempre la impaciencia más peligrosa aparece en la mujer á la edad en que deja de ser niña, y esto por buena, cuidadosa y esmerada que haya sido su educación; y es que la razón enseña á la joven que existe la voluntad; que el corazón habla y la mente desea y sueña mil placeres aun no conocidos.

A la edad de quince años, se impacienta una joven porque no estrena un traje el día que había pensado; porque no va al teatro á causa de la lluvia; porque el calzado le está ancho, ó porque la

jaqueca no permite á mamá llevarla á paseo. Todas estas impaciencias son más ó menos perniciosas y culpables, según la índole y la educación de quien las tiene: si aquella y ésta son buenas, la impaciencia se convertirá muy en breve en un pesar dulce y razonado; el corazón de la mujer debe sentir y ¡ay de aquella que tiene el suyo indiferente á todo! De esa clase de mujeres sin pasiones, sin tristeza, sin sentimientos, en una palabra, nada bueno puede esperarse.

La que siente las contrariedades y es contenida por su educación y su buen carácter, no tarda en hallar la resignación, que es el antídoto más precioso contra todas las borrascas de la vida. La resignación, es hija del cielo, es tan hermosa, tan dulce, tan benéfica, que en el alma de la criatura más afligida, más despreciada, más perseguida, derrama la tranquilidad y el bálsamo del consuelo. No hay pena que no dulcifique, ni herida cuyos dolores no alivie.

III

Mil ejemplos pudiera aducir para probar que la resignación de una persona perseguida y atormentada ha desarmado á sus perseguidores. Carlos I, el rey mártir de Inglaterra, Luis XVI, el rey santo de Francia, llegaron al cadalso llevando en pos los remordimientos de sus enemigos.

Su perfecta y digna resignacion durante sus largos cautiverios, y en medio de los tormentos y humillaciones sin cuento que les hicieron sufrir, convencieron á sus frenéticos enemigos de que algo de noble y sublime habia en los hombres que iban á sacrificar.

Cuando cayó la cabeza del heroico Carlos I, un sollozo inmenso retumbó en Wite-Hall, y acompañó su alma al cielo. El mismo Cromwell se estremeció hasta lo último de su alma y llevó la mano á su frente, creyendo hallar en ella la sangre que acababa de verter.

Cuando rodó en la guillotina la cabeza del benéfico, del dulce Luis XVI, muchos de los espectadores que desde el Temple habian ido acompañándole hasta el lugar de su martirio, hulleron desalentados como si la sangre régia hubiese cegado sus ojos. Las madres, escondidas en lo más recóndito de sus hogares, estrecharon á sus hijos contra el pecho, y los esposos de aquellas mujeres, que habian escoltado al rey con picas, sables, chuzos y palos, que le habian llenado de injurias, que le habian escupido al rostro, que le habian negado una capa y un sombrero para guarecer de la lluvia su régia cabeza y sus desfallecidos miembros; aquellos hombres, digo, volvieron á sus casas pálidos, desalentados y transidos de piedad y de horror.

Era que habian visto al rey dejarse atar las manos pacientemente, aunque temblando de do-

lor. Era que se acordaban de que le habian privado hasta de lo último que se concede á todos los moribundos, pues no le habian permitido hablar más que estas dos palabras que, desbordándose de su corazon, subieron hasta los labios:

—¡Muero inocente!

Era que el abate Firmont, su confesor, habia gritado, dominando todos los murmullos, todas las maldiciones:

—¡Hijo de San Luis, subid al cielo!

Y este grito ahogó las imprecaciones, llevando el remordimiento y el espanto á todos los corazones.

Luego gritaron:

¡Viva la república!

Pero este grito que habia hecho estremecer de júbilo á los pueblos, se apagó sin eco.

“La república, dice Alejandro Dumas (padre), tenia sobre su frente una de las manchas que no se borran jamás. Hubo en Paris un sentimiento inmenso de estupor, que llegó hasta la desesperacion. Una mujer se arrojó al Sena. Un peluquero se degolló. Un librero se volvió loco. Un antiguo oficial murió de espasmo.” Por la noche se iluminó Paris, pero sus calles estaban desiertas: únicamente algunas hordas de esos hombres que, como demonios escapados del infierno, aparecen sólo en las revoluciones, recorriendo la ciudad, llevando en las puntas de sus picas giros empapados en la sangre del rey, y gritando

con voz ronca y vinosa:

—¡El tirano ha muerto! ¡Hé aquí la sangre del tirano!

Pero estos aullidos de hienas fueron contestados únicamente con sollozos varoniles desde el fondo de las casas, con plegarias de mujeres que rezaban ante las imágenes del Crucificado por el alma del santo Luis XVI; de aquel rey, cuyo único amor era su esposa, cuya única amistad era su hermana, cuya única alegría eran sus hijos, cuya única ambición la felicidad de aquella Francia ingrata que le habia sacrificado.

IV

La Francia, que deliró de dolor y de arrepentimiento á la muerte de su rey, vió con carcajadas de alegría el cadalso y la muerte de su reina; y es que Luis era todo resignacion y dulzura, y María Antonieta todo impaciencia y altanería. Nada conmovió á Paris ni á las provincias federadas: ni la hermosura de María Antonieta, hermosura de ninfa, hermosura la más seductora de su tiempo, ni su tez de nácar, ni sus grandes ojos celestes, ni su pura frente, ni el desolador manto de nieve que en la noche de dolor que siguió á su despedida con el rey, matizó sus cabellos dorados; nada, en fin conmovió á aquel pueblo irritado con sus desdenes, ultrajado por su impaciencia,

herido por su orgullo. María Antonieta perdió ante el pueblo francés hasta su carácter de madre, y eso que es notorio con cuánto extremo amaba á sus hijos aquella reina sin ventura.

El orgullo, la altanería de María Antonieta perdieron á su esposo; y los franceses, que cegados por la revolucion no lo conocieron, abrieron los ojos á la luz despues de haber sacrificado al inocente Luis XVI, y revolvieron todo su furor contra la viuda, acusándola de la muerte de su monarca.

—¡Muera la austriaca! gritaron furiosos, al verla llegar al cadalso que le habian destinado. ¡Ella es nuestra enemiga mortal y verdadera! ¡Ella separó al rey de su pueblo! ¡Ella le hizo huir de entre nosotros! ¡Ella nos obligó á traerle preso, pues nos irritó con sus palabras iracundas! ¡Ella mató á su esposo y nuestro rey! ¡Muera, muera!

Y María Antonieta murió, mártir tambien pero sin ser compadecida más que por sus hijos y por la princesa Isabel, la hermana querida del rey.

Si aquella mujer hubiese opuesto la resignacion y las dulces lágrimas de súplica, á los primeros rugidos de la revolucion; si en vez de castigar como reina, se hubiese presentado rogando como esposa y como madre, quizá hubiera salvado la monarquía. En vez de usar de la resignacion con su pueblo, opuso la seducccion con los represen-

tantes de la Asamblea Constituyente: víctimas de la pasión que supo inspirarles, fueron el gran Mirabeau, el genio inmortal que asombró á la Francia; el austero y apasionado Barnavé, hombre intachable y gran orador; el noble y gallardo conde de Charny, cuyos hermanos Jorge é Isidoro murieron, como él, defendiendo á la reina, y otros muchos que sería prolijo enumerar.

El mayor atractivo de la mujer no es la hermosura, ni el talento, ni la opulenta cuna; uno de sus más poderosos encantos, una de sus más bellas cualidades, su más irresistible dominio, consiste en la dulzura y la resignación.

V

Jóvenes esposas, hijas de familia, madres respetables, mujeres todas que sabéis sentir, á vosotras me dirijo, y para vosotras escribo, porque ya os he dicho otras veces que vuestra felicidad me interesa mucho.

La resignación es una de las santas coquetearias de la mujer. No es la falta de sentimiento: es el sentimiento mismo, domado, suavizado, embellecido, por decirlo así, con la dulzura y la paciencia.

Toda mujer religiosa es resignada, porque la resignación se encierra en estas palabras: *Dios lo quiere.*

Las insufribles desgracias, los más terribles golpes de la fatalidad, se hacen llevaderos con este pensamiento lleno de suavidad, con esta consoladora reflexión. Acordaos vosotras, cuya vivaz imaginación sufre con las contrariedades; acordaos de que Dios no puede ordenar nada que no sea para nuestro bien, pues su amor ni puede engañarse ni engañarnos.

Acordaos también de que la impaciencia roba todos los atractivos de vuestro rostro, y empaña todas las bellas cualidades de vuestro carácter.

Cuando esteis impacientes, si sois hijas, provocaréis el enojo de vuestros padres. Si sois esposas, hastiaréis á vuestros esposos que huirán de vuestro lado por no soportar vuestro mal humor. Si sois madres, asustaréis á vuestros hijos, los cuales, por otro lado, se creerán autorizados para imitar vuestros raptos de impaciencia, pues es sabido lo mucho que influye el ejemplo en la infancia y en la juventud. Y de todos modos, cualquiera que sea vuestro estado ó vuestra posición, perderéis el prestigio más poderoso de vuestro sexo, que consiste en la bondad y la benevolencia.

No me cansaré de repetirlo; la mujer debe dominar por la dulzura y la persuasión. La debilidad hace ridícula la ira y hasta la impaciencia, y cada sexo tiene sus atributos señalados por el mismo Dios.

Dejemos al hombre la fuerza, la resistencia y

el dominio. Nuestro imperio es más suave y más ligero, pues consiste en la dulzura, en la resignación y en la conformidad. Sostenga la mujer el blanco estandarte de la paz, y bajo él irán á cobijarse la alegría, el amor y los dulces afectos de la familia.

CAPITULO XV

La bondad y la amabilidad.

I

La bondad se confunde muchas veces con la amabilidad, á pesar de que son dos cualidades esencialmente distintas, aunque igualmente recomendables; ambas son necesarias en la vida, empero la bondad lleva no pocas ventajas á la amabilidad; la bondad nace del corazon, y tiene el privilegio, no sólo de hacer dichosos á los seres á quienes amamos, sino de contribuir á nuestra propia felicidad; la persona que está dotada de verdadera bondad, sufre poco, porque es indulgente. Sin que se fatigue en buscarlas, halla excusas para casi todos los defectos de los seres que la rodean; y es indudable que hay mucha más dulzura en perdonar que en acusar, porque la persona que se cree ofendida, tiene amargado